

CAPÍTULO X

LA VIDA LIBRE DE ITALIA.—MILÁN.—ROMA

Si uno de los psicólogos modernos, á quienes tanto hace cavilar el culto del yo y la autodisciplina, hubiese podido excogitar un plan para la eficaz ordenación de sus impresiones juveniles, muy probable es que su método no difiriese mucho del marcado por el itinerario de Cervantes en Italia.

Cuando Cervantes llega á Italia, es ya en ese bendito país cosa vieja, arraigada y que ha criado corteza lo que en las demás naciones se halla á la sazón alboreando. Italia es, para las cosas del espíritu, la perfecta ama de casa, vigilante y madruguera, que despierta á la familia de Europa cuando ya ella tiene hecho lo más valioso de la labor. Los demás países la siguen ó la imitan hasta que en ellos aparece una potencia creadora con raíz en el sentimiento popular, y constituye una originalidad literaria ó artística apreciable. Pero Italia amanece antes que nadie, Italia guía, Italia aguijonea.

Cuando Cervantes llega á Italia, por lo mismo que todavía no tiene un temperamento artístico claro, puede darse cuenta con exactitud y provecho de las impresiones que la tierra, los hombres y las ciudades le producen. No lleva ánimo resuelto de que las cosas le parezcan de este ó del otro modo, ni lecturas prolifas y enfadosos comentarios de pedantes han raspado los cristales de sus ojos ni los han embadurnado con ningún color previsto. Miguel es un mozo algo leído, pero no un erudito: es un curioso, pero sépase y dígame claro que lo interesante para él es lo que vive, lo que palpita, lo que en vivo puede ser estimado,

sin anhelo de copiarlo, sin intención de meterlo en la alquitara literaria y sacar espíritu, destilar esencia ó licor. Más que las catedrales y los monumentos le seducen de Italia, como á su queridísimo y casi inseparable licenciado Vidriera, "las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías, el *aconcha patrón, pasa acá manigoldo, venga la macarela, li polastri e li macarroni*, la vida libre, *la libertad de Italia*". Ved aquí una hermosa, una franca y noble confesión, ¡*la vida libre de Italia!* Ved aquí la frase encomiástica de más fuerza que sobre Italia se ha escrito. Aquí no llegaron ni llegan los escritores modernos, y aquí es donde hemos de reconocer la más grande y bella expansión del alma de Cervantes. *La vida libre de Italia*, es decir, el contento, la suavidad del cielo y del ambiente, la dulzura del idioma, la lenidad y blandeza de las costumbres, la humanidad y cortesía del trato, la desaprensión y jovialidad de las maneras, como de país sin dueño que la tiranice, ó con dueños temporales á quienes despide, á lo mejor, entre carcajadas, infamándoles con los más graciosos y crueles dicitos.

Considerad ahora á este joven de veintiún años, á quien sólo durante dos de su vida ha oreado el corazón la inmortal alegría sevillana, y que ha pasado los demás viviendo en menguada estrechez en la corte de Felipe II, que es cuanto decirse puede para encarecer lo tétrico y negruzco de una existencia; ya viendo como sus compañeros de muchachez, cual Mateo Vázquez, iban tornándose esquivos, reservones y tiesos, encapotando su mocedad con la negra librea de palacio; ya padeciendo bajo la férula odiosa de los *conceptos* y de la retórica empalagante que comenzaba á invadir todo brillo de ingenio y todo fulgor y chispeo de espontaneidad, y ved las ansias de Miguel al irrumpir en Italia, aplaciéndose y regalándose con su amplio vivir y con su perenne felicidad.

Allí la vida es libre, y no hay más exacta ni más elocuente ponderación. Háblase como se quiere, sin temor á que de reojo y á pico de oreja haya un alma pía que se fije en las palabras y las denuncie en cualquier cámara negra. Las mujeres italianas halagan y miman la oreja con su hablar, propio de dioses niños. De

ellas aprendió Miguel lo más dulce de su vocabulario, y si os fijáis, notaréis que en él hay algunos términos guerreros y marítimos de usanza italiana; pero más rebosan y os acarician los italianismos en todos los pasos de amor y de ternura. Ya antes que Miguel, había recurrido el maestro Fray Luis, para templar la bronquedad de nuestro idioma, á los místicos y almibarados requiebros de Petrarca; pero Miguel hizo más y mejor, puesto que la dulzura del idioma petrarquesco le fué puesto en los labios por otros labios femeninos, y vió manar las palabras tiernas temblorando en las bocas sensuales y rojas de las mujeres, en aquella edad en que la mirada merodea errante derritiéndose de gusto, desde los ojos ojerosos que ríen, á la lengüecilla provocadora que entre los rojos labios se mueve.

Calló Miguel, como discreto, por desgracia nuestra, sus amoríos de los veintidós años; pero en el apresuramiento y zozobrosa pasión con que pinta otros amores mozos en sus novelas, bien se da á conocer que no desaprovechó las ocasiones, harto frecuentes, de aprender esa ciencia y de balbucir, deletrear, hablar por fin ese deleitoso idioma en la libre escuela de Italia.

Triunfales y fogosos ímpetus debieron de empujarle por la campiña milanese, donde las abejas zumban, vagando desde los morales verdes á las cepas y parras, el campo muestra su túnica florecida y joyante, y porque la fertilidad y abundancia del suelo no parezca vulgar y monótona, á mano derecha la claridad vespertina alumbraba la gigantesca crestería blanca de los Alpes, como una hilera de enormes nubes quietas, según el símil de Taine. El país es risueño y rico. Bordean los caminos ociosas y repuestas hosterías, donde Miguel conoció y cató la más incitante diversidad de vinos, "la suavidad del treviano, el valor del monte frascón, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora garnacha, la rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped (dice *El Licenciado Vidriera*) la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa,

sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos y á la imperial, más que real ciudad, recámara del Dios de la risa; ofreció á Esquivias, á Alanís, á Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descarga María. Este párrafo entusiasta es uno de los pocos en que el genio español muestra con franqueza la visión rabelesiana de la vida, rasgando los velos negros de misticismo y ascetismo en que se envolvía y arreboscaba por lo común. Aquellas—pensaba Miguel—sí que eran las verdaderas humanidades, gustosas de aprender, amables de recordar; y con su intuición de gran conocedor del vivir, presentía acaso el regodeo con que en la vejez remembraría los dulces tragos de Italia.

Entró con esto en Milán, la grande y riquísima "oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias." Satisfizo y colmó los gustos de Miguel aquella patria del placer y de la buena hombría, donde se estima el trabajo y las graves cavilaciones (Beyle lo dice) como una penitencia que es necesario aliviar, en lo posible, y lo esencial es reír, divertirse, ir de merienda y de excursión campes tre y estar siempre, joven ó viejo, enamorado, no á la manera lánguida y suspirona de los españoles, sino á la divertida y solazante usanza de los paganos.

Tres siglos después de pasar por allí Cervantes, varios hombres casados le decían al gran Taine:—"Tengo la desventura de estar casado. Es cierto que me casé por amor, que mi mujer es linda y buena, pero, ¡ay de mí!, ya no tengo libertad, ya no soy libre."—Ved, pues, cuán hondo había calado nuestro mozo, humilde camarero de un personaje pontificio, al adquirir el concepto famoso que, ya viejo, había de esculpir en esa famosa frase: *la vida libre de Italia*. Por eso no da lo mismo que abriese los ojos á la vida italiana en Milán, ó en otra parte: no, fué en la noble y jocunda Milán, donde las mujeres son bellas y andan alegres por las calles, oyendo los requiebros con un airecillo habitual y donde el idioma tiene cierta vibrante sonoridad elástica propia para la ter-

neza y el chicoleo rápido, pero también para la sabrosa réplica. Cervantes las veía cruzar, activas y ufanas, las calles sombreadas de palacios marmóreos, divisaba sus cabezas descarnadas y finas, avizorando por entre las tocas negras, sujetas al pelo con un rosario de agujas de plata, que diadema parecía, y coreando su argentina voz, escuchaba el marcial repique de los machos en la fragua, de donde salían brillantes como preseas de novia, repujadas y nieladas, incrustadas de oro y adobadas con plumas y sujetas por crujientes correones aquellas armaduras que en todo el mundo eran preferidas; los cascos cerrados, las borgoñotas, los bacinetes, las corazas, las grebas, los quijotes y también las valientes y aceradas hojas que en vano intentaban competir con las de *me fecit Joannes*, con las del inmortal Julián del Rey, con las de Alonso de Sahagún, el padre, el hijo y el nieto, con las de Domingo el tixerero y toda la caterva ilustre de los espaderos que en las aguas del aurífero Tajo templaban, al ruido de la tradicional canción, las rojas ánimas. Todo Milán le apareció á Miguel como un chisporroteo de forja, y los mismos complicados y mareantes florones, agujas, ménsulas, doseletes, pináculos, estípites y gárgolas de la Catedral parecían ebullición de un activísimo horno subterráneo, donde se forjasen mármoles en vez de aceros.

La visión amorosa y la visión marcial le embargaban las potencias. Quizás no tuvo tiempo de advertir cómo por las iglesias y palacios de Milán corría aún el espíritu infatigable, calenturiento, de Leonardo, el gran sabio y el gran artista. No parece probable que tuviera ocasión de ver en el refectorio de Santa María delle Grazie la *Cena*, que ya entonces había comenzado á perder el vigor de sus colores. En cambio, ¿no es casi seguro que, al revolver de un esquinazo, tras el cortinaje de una ventana, tropezaran sus ojos con unos ojos inquietantes, con una boca llena de misteriosa ironía, con unas mejillas sensuales que contrastaban con la castidad y lisura de la frente limpia, sombreada por liviano velo? Reflexionad despacio si esas mujeres medio veladas que asoman á lo mejor por entre la frondosidad de la producción cervantina, esas mujeres de perfiles fugitivos, de las que sólo se entreve el rostro un instante ó la sonrisa medio cándida,

medio maliciosa, como la de la hija del oidor en el *Quijote*, ó de las que se escucha el timbre y halago del cantar y del hablar, como Feliciano de la Voz en el *Persiles*, fueron creadas por un hombre á quien no ha sugestionado siquiera una vez el semidivino encanto de la ensoñada *Gioconda*. Pensad en la contextura italianesca de las mujeres del *Persiles* y de algunas novelas ejemplares y de algunas comedias, contextura que en estas obras teatrales nos ha hecho recordar á Shakespeare, quien de la cantera italiana las sacó asimismo, y decidme si no son estos finos perfiles y estos cernidos ojos y estas manos adorables y estos perturbadores hoyuelos copias de las mujeres de Leonardo, de la *Gioconda*, de Lucrecia Crivelli ó de sus demás modelos, ó de las hijas y nietas de sus modelos vivos.

Con estas imágenes en la memoria, sigue Cervantes su camino, atraviesa las montañas de mármol de Carrara, detiénese en Lucca, "ciudad pequeña, pero hermosa y libre que debajo de las alas del Imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean. Allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante". Ya en los alrededores de esta ciudad salta á la vista de Miguel un primer testimonio de la antigua grandeza romana; el anfiteatro, cuyas graderías de mármol carcomen y derrumban los siglos. Tal vez tiene tiempo de extasiarse ante una Madona de Fra Bartolommeo, ante unos frescos de Ghirlandajo; quizás, más bien se fije en que la risueña campiña va tomando un aspecto grave y adusto. Emanaciones lacustres descomponen la luz y excitan los nervios. La Naturaleza ha hecho que no se pueda ni se deba llegar á Roma sin hallarse poseído de la exaltación febril necesaria para dar á tanta grandiosidad el valor sentimental debido. ¿Cómo decirlo mejor que él mismo lo dice al comenzar el libro IV del *Persiles*? "Ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las espezanças que nos sustentan nos brillan en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesión esperada". Una jornada antes de llegar, topa

con el gallardo viandante que le enseña el libro *Flor de aforismos peregrinos*, primer album de pensamientos que la Historia recuerda.

Acércase á Roma, y viéndola "alegrósele el alma, de cuya alegría redundaba salud en el cuerpo y alborozósele el corazón, viéndolo tan cerca el fin de su deseo". Entró en Roma por la puerta del Pópulo, si no besando, deseando "besar una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad santa". Entonces pudo componer Miguel aquel soneto no superior ni inferior á cuanto había escrito antes:

¡O grande, ó poderosa, ó sacrosanta
alma ciudad de Roma! á tí me inclino,
devoto, humilde y nuevo peregrino
á quien admira ver belleza tanta....

Entonces pensó aquel magnífico elogio de Roma, reina de las ciudades del mundo. "Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así se saca la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes que parece que se están mirando unos á otros y por sus calles que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Appia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su pensamiento". Y nosotros también convendrá que notemos aquí cómo entran en el espíritu de Miguel las sensaciones de la cesariana grandeza de Roma, no cual en otros grandes poetas, por lecturas de Tito Livio ó de Tácito, sino por propia vista de ojos; cómo es

la suya desde antes de penetrar en Roma y todavía más al recorrer sus calles y templos, un alma del Renacimiento, hija de la melancólica y dulce alma de Tasso, cuyos laudes comenzaban á recorrer á la sazón todas las bocas.

Llega á Roma Miguel, cuando, rota Florencia, desde que los Médicis sentaron en la silla de San Pedro á su León X, Roma ha adquirido y empuñado el cetro de la inteligencia de Italia. Alborzó el esplendoroso día del Renacimiento en Florencia, pasó con el sol en el cénit á Roma y cuando á ella aportó Cervantes, el día iba declinando: tenía veinticinco años Torcuato Tasso, el gran poeta crepuscular, en cuyos versos el artificio cortesano inicia la decadencia, las armas ceden al amor y los guerreros vestidos de férreas mallas se quedan dormidos, mientras las ninfas les atan con guirnaldas de rosas y los amorcillos silvestres les hurtan la espada vencedora. Los ayes terribles del dolor se trocaban en dolientes plañidos femeniles y las carcajadas brutales del goce en leves sonrisas.

Llega Miguel á Roma y, con el séquito de Aquaviva, entra en el Vaticano, donde lo ve todo de cerca, lo nota todo y lo justiprecia todo. Recordad que en el Vaticano entró también y en aquel descomunal hervidero de pasiones sazonó y adobó su alma nuestro gran humorista de la Edad Media, aquel satírico Juan Ruiz, archipreste de Hita que, ¡misterios de la historia! también había nacido en la culta Alcalá de Henares.

Miguel, desde el tinelo y cámara de Aquaviva, conoce el Vaticano por dentro, y á la fresca risotada con que saludó la gracia fuerte y el sensual alborozo de Milán, sucede una risita de viejo, un fruncimiento de labios plegados finamente, como los de algunos cardenales de Rafael. El corazón de Miguel se enfría un poco entre los mármoles del Vaticano. Miguel reflexiona. A los pocos meses, ya está enterado y al tanto de todo. Un día, se cansa de tinelo y de servidumbre eclesiástica. Oye que á su amo van á nombrarle cardenal y no le agrada ser camarero ni seguidor de un señorón de vida quieta, suavemente intrigadora. Sabe que la guerra con el turco ó con quien fuese, se avecina, y Miguel, que ya ha visto á Roma, requiere su espada y sienta plaza de soldado.